

La Huelga de los 300 mil y las comisiones de empresa

(ALGUNAS CUESTIONES DEJADAS A LA HISTORIA)

JOSÉ ALVARO MOISÉS

I

Para los que desconocen (o insisten en olvidar) la historia brasileña reciente, sobre todo la historia de la participación de las clases populares en la vida del país, no deja de ser sorprendente la información de que, hace poco menos de un cuarto de siglo, Brasil fue sacudido por un movimiento huelguista semigeneral, de una amplitud tal que paralizó nada menos que 276 empresas industriales —entre las cuales se encontraban las del sector de metalurgia— del principal conjunto industrial de América Latina. La Huelga de los 300 Mil de São Paulo, en 1953, sobre la cual pesaban todas las limitaciones impuestas a la libre organización de los trabajadores brasileños, se convirtió en uno de los capítulos más notables de la historia del movimiento obrero brasileño contemporáneo. Y esa importancia debe ser vista tanto por los resultados alcanzados en la época por la clase obrera paulista, como por los problemas organizativos que el movimiento, en su proceso, planteó a los trabajadores como clase.¹

No se trata de reconocer, simplemente, la importancia asumida por aquel movimiento social —que involucró trabajadores metalúrgicos, tex-

¹ Este artículo es un intento de presentar datos nuevos a lo que ya fue escrito sobre la huelga de 1953. Tiene, sin embargo, algunas diferencias en relación al que escribí en "1953, A Greve de 300 Mil em São Paulo" (1953, la Huelga de los 300 Mil en São Paulo) en Centro de Estudios Noel Nutels, año 1, n. 1, Río de Janeiro, 1976. Mientras aquel artículo es una descripción más completa y detallada de la huelga, con un análisis histórico más extenso, éste desearía ser una contribución al debate en torno a un problema concreto del movimiento obrero actual: las Comisiones de Empresa y su relación con las importantes cuestiones de la *espontaneidad* y la *dirección política* de clase.

Aún sobre la huelga de 1953, ver especialmente F.C. Weffort, *Sindicatos e Política*, tesis de licenciatura, FFLCH, São Paulo, 1972.

tiles, muebleros, vidrieros y gráficos— en la coyuntura de profunda crisis política e institucional que marca el Brasil en aquellos años de 1953-54. De hecho, aquellos años están marcados por la profunda crisis de legitimidad (hegemonía) de la democracia instaurada a partir del final de la segunda guerra mundial, en 1945. Vargas, que había sido reconducido al poder en 1950 por las masas urbanas con un claro llamado a su movilización, veía ahora deteriorarse la alianza que había caracterizado la instauración de la “democracia limitada” de 1945/46. Los grupos dominantes, como los empresarios y los residuos de las viejas oligarquías rurales, ya no escondían sus temores frente a las crecientes tendencias a la movilización de masas que, además, eran estimuladas a participar social y políticamente por el mismo Estado. No por coincidencia, la crisis del modelo de la construcción de un capitalismo con bases nacionales se reflejaba en las condiciones de vida de las masas trabajadoras. Estas pagaban, con la deteriorización de sus salarios, el precio de la inflación. El resultado fue una serie de movimientos huelguistas y de protesta, que movilizaron a miles de trabajadores en Río de Janeiro, en São Paulo y en las ciudades industriales de la provincia, y que culminaron en la gran huelga de 1953. No es demasiado afirmar que una de las principales consecuencias de este movimiento —que conquistó en la práctica, por su ejercicio, el derecho de huelga para los trabajadores—, fue el nombramiento del futuro ex presidente João Goulart para el puesto de ministro del Trabajo. Vargas hacía, así, un intento de estrechar sus lazos con el movimiento obrero, pues se sabía que Goulart tenía un control bastante estrecho de la burocracia sindical de la época. En el ministerio, uno de los primeros actos políticos de Goulart fue decretar el aumento del 100% en el salario mínimo de todo el país. El resultado se conoce: luego se arma una tempestad en torno a Vargas que, según la derecha, parecía seguir los pasos de Perón en Argentina. La primera manifestación de esta tempestad fue el famoso “Manifiesto de los Coronales”, paso inicial de la dimisión de Goulart del ministerio, y del proceso que culminaría con el drama del suicidio de Vargas en agosto de 1954. La historia ya delineaba como tragedia, en esa coyuntura, la farsa en que caería 10 años más tarde la Nación, golpeados algunos de estos mismos personajes: la crisis de 1953-54 llevaría a Vargas al suicidio, pero este hecho dramático, y el clamor popular que se dio en seguida, crearían las condiciones para la supervivencia, por 10 años más, del régimen populista. En 1964, cuando el gobierno de Goulart ya representaba, en gran parte, la alianza de los nacionalistas con los populistas, aquel acto se repetiría, pero ahora, a pesar de la farsa con que se revistió, presentándose como una medida de prevención contra una amenaza revolucionaria que realmente no existía, su eficacia fue mucho mayor, y resultó en la instauración del régimen autoritario deseado por los conspiradores desde 1954. Ahora, frente a las nuevas exigencias planteadas por el proceso de acumulación de capital, ya ni siquiera las movilizaciones populistas

serían toleradas. Y mucho menos movimientos huelguistas como la gran huelga de 1953.²

Es por lo tanto innegable la importancia del papel cumplido por la Huelga de los 300 mil y por el movimiento obrero en el desarrollo de aquella fase histórica. Al mismo tiempo, es necesario tener en cuenta otra dimensión, que únicamente el análisis interno de ese notable movimiento social deja ver: trátase de la importante cuestión de las relaciones entre *espontaneidad de las masas y dirección política de clase*, cuestión que trasciende la importancia coyuntural de un acontecimiento como la Huelga de los 300 Mil —aunque ésta sea fundamental en la coyuntura en que se manifiesta de modo concreto— y que concierne, precisamente, al deber histórico de la clase obrera como actor que interviene en la historia con voluntad propia. En realidad, la gran huelga de 1953, en São Paulo, no puede ser comprendida si no se tienen en cuenta dos grandes marcos que caracterizan la participación de la clase obrera en la política brasileña de entonces. Por un lado, hay que considerar la tendencia, más o menos generalizada, que surgió entonces, a la participación social y política mediante *organismos elementales de base*, como las Comisiones de Empresa en el terreno de la producción y las Asociaciones de Barrio, en el terreno de los equipamientos sociales urbanos. Desde los últimos años de la segunda guerra mundial, cuando los derechos laborales en general y el de huelga en particular fueron totalmente suprimidos, habían comenzado a surgir señales en el movimiento obrero que apuntaban hacia la creación de organismos de base, como las Comisiones de Empresa, destinados a defender reivindicaciones parciales y locales, definidos en los términos de los problemas planteados en los marcos de la misma unidad de producción. Estas señales se evidenciaron con la caída del *Estado Novo*, con la llamada “democratización”, y las Comisiones de Empresa reaparecen en las huelgas de defensa económica de 1945/46.³ Igualmente, a partir de estos años comienzan a surgir, en los barrios de la periferia de São Paulo, nuevos organismos populares, hasta entonces desconocidos en la historia social y política brasileña, destinados a presionar al poder público por la obtención de mejoras urbanas: las Sociedades de Amigos del Barrio, integradas por amplios sectores populares, entre los cuales se encontraban los trabajadores.⁴

Por otro lado, hay que admitir claramente que esa tendencia de participación de la base se daba en los marcos de la espontaneidad que carac-

² Para una interpretación extremadamente rica y sugestiva del período 1945/1964, cuando se fortalece la *democracia populista de masas*, ver F.C. Weffort, *Sindicatos, Partidos y democracia: algumas questões para a história contemporânea*, mimeo, CEBRAP, São Paulo, 1974.

³ F.C. Weffort, *Sindicatos y Política*.

⁴ Ver J.A. Moisés *Notas sobre as sociedades de amigos de bairros na região da grande São Paulo*, trabajo presentado en el Simposium sobre Trabajo y Conflicto Industrial, en la 27ª Reunión Anual de la SBPC, Belo Horizonte, 1975.

teriza la acción social y política de las clases sociales subalternas no organizadas. Con pocas y raras excepciones, esa iniciativa de organización de base, por parte de las masas populares urbanas, no correspondía exactamente a una estrategia de política de masas de cualquier organización preocupada en movilizarlas: los liberales brasileños tenían cualquier aproximación más efectiva a las masas; los populistas (getulistas y laboristas) buscaban su apoyo, pero siempre evitaron organizarlas por la base; y la izquierda, especialmente los comunistas, habían definido una estrategia de colaboración de clases, justificada con la necesidad de consolidar la democracia de postguerra que, en esta fase, implicaba el refuerzo de la estructura sindical oficial, que tuvo su origen en el *Estado Novo* y que, destinada a controlar la clase obrera, era básicamente cupulista. No obstante, por paradójal que parezca, no se debe excluir completamente la participación de los comunistas de aquellas iniciativas de organización de base, puesto que esta era la tendencia verificada en el seno de las masas, y el PC, frente a sus propias exigencias de movilización de base, no podía dejar de acompañarla, aunque a su manera, como se verá más adelante.

De todos modos, hay que tener claro que una línea programática que llegó a traducirse en una consigna tal como "Apretarse los cinturones"—como ocurrió en la coyuntura de 1945/46—no era precisamente el tipo de llamado que tendía a sensibilizar a las masas trabajadoras, que desde hacía tanto tiempo estaban agobiadas por condiciones materiales de existencia extremadamente adversas. Eso indica que las iniciativas de organización de base ocurrían, en gran parte, en contra o a pesar de la voluntad del Partido Comunista Brasileño, que en la época era indudablemente una de las influencias políticas de mayor prestigio entre los trabajadores urbanos de los grandes centros como São Paulo y Río de Janeiro. En este sentido se puede decir que aquella tendencia de organización de base, aunque extremadamente débil frente a la posición relativa de la clase obrera en el conjunto de la sociedad brasileña, expresaba una búsqueda de canales propios de intervención social y política por parte de las masas. Pero esta expresión era, en gran parte, reveladora de la espontaneidad en que estaban sumergidas. La orientación política adoptada por el partido que se proponía representarlas en el terreno político no tenía posibilidades de ofrecer una perspectiva proficiente que fuera capaz de romper con tal espontaneidad, puesto que la estrategia de colaboración de clases adoptada entraba en conflicto con la exigencia de una política que correspondiera a los intereses económicos-corporativos de las masas trabajadoras (sin hablar de sus intereses a largo plazo). De este modo, se hacía difícil dar a la acción espontánea de las masas una dirección política adaptada a sus intereses de clase. Para esto, habría sido necesario romper con la tradición de control impuesta por la estructura

⁵ Puede decirse... que el elemento de la espontaneidad es característico de la "historia de las clases subalternas". Cfr. A. Gramsci, *Espontaneidad y Dirección Consciente*, y *Antología*, Siglo XXI Editores, México, 1970, pág. 309.

sindical oficial y, por otro lado, romper con el reformismo que implicaba la práctica de tal estructura. El contrapeso necesario de este rompimiento, si se hubiese realizado, habría sido una política de estímulo a la organización del movimiento obrero en la base, como requisito de su consolidación. Para lograr esto, como hemos visto, habían condiciones extremadamente favorables en el seno de las masas. Pero para que tal política diese resultados a largo plazo, tendría que estar subordinada a una estrategia de independencia y autonomía de la clase obrera. Vista la correlación de fuerzas existentes en la época, tal estrategia entraría seguramente en conflicto con cualquier política de colaboración de clases.⁶

Sin embargo, a pesar de lo ocurrido, existe ya alguna evidencia que indica con suficiente seguridad que la declaración de la Huelga de los 300 Mil, el día 23 de marzo de 1953 —un día después de la elección para alcalde de São Paulo, seguramente gracias a los votos de la clase obrera —fue precedida de una serie de acciones preparatorias en la base, que reforzaban la tendencia espontánea de organización de Comisiones de Empresa. La huelga, como se sabe, fue dirigida en gran parte por la izquierda, y el PC tuvo la hegemonía de esta dirección, a través de los líderes obreros comunistas que actuaban junto a los sindicatos, aunque no en sus direcciones. ¿Cómo explicar esa contradicción entre la declaración de la huelga, que asumió características de una simple huelga de masas, y la participación del Partido Comunista, recién salido de una coyuntura en que desaconsejaba las huelgas y, contrariamente a la tendencia de organización por la base, aconsejaba la participación en los sindicatos oficiales controlados por el Estado?

Como observa Weffort,⁷ hay que tener en cuenta que los comunistas estaban, en el inicio de los años 50, preparándose para una amplia movilización destinada a alargar y profundizar su influencia en la estructura sindical oficial. A partir de 1952, los comunistas habían decidido “volver a los sindicatos”, de donde habían sido alejados desde 1947, cuando cae sobre ellos la represión — volviendo a su posición de la coyuntura de 1945/46, cuando realizan un amplio esfuerzo de sindicalización de las masas. En 1947, cuando el gobierno Dutra decide anular el registro legal del PC, el Ministerio del Trabajo intervino centenares de sindicatos considerados bajo la influencia del Partido, e instituye el certificado ideológico (proporcionado por la Policía Política) para los obreros que desearan postularse a cualquier puesto de dirección sindical. Como se sabe, el resultado de este momento represivo para los comunistas fue la adopción, por el PC, de una estrategia insurreccional (de enfrentamiento de clases), que pretendía el derrocamiento del gobierno. Como parte de esta estrategia, decidieron crear sindicatos paralelos, que tomaron la forma de

⁶ En una situación en que la correlación de fuerzas es extremadamente desfavorable a la clase obrera, la única alternativa factible es la anulación de fuerzas a partir de la base.

⁷ *Sindicatos y Política, op. cit.*

asociaciones civiles de trabajadores. Con el regreso de Vargas al poder, en 1950, la política sindical del Estado comienza a ser liberalizada; se abolió el certificado ideológico para las elecciones sindicales y el mismo Estado asumió la función de un estimulante de la organización de las masas trabajadoras en los sindicatos oficiales. Convergen, por tanto, a pesar de la intransigente política de denuncia de Vargas por los comunistas las dos más importantes influencias sobre la clase trabajadora: los populistas y los comunistas, ambas reforzando, aunque por razones distintas, la estructura sindical oficial. Así, no es sorprendente que la coyuntura en que se da la huelga de 1953 esté marcada, para el movimiento obrero paulista, por una fuerte tendencia participacionista, que se manifiesta en la organización, aunque espontánea, de la base. Por eso, contrariamente a lo que pareció por un tiempo, la participación de los comunistas en la organización de las Comisiones de Empresa, en esta fase preparatoria de la huelga, no debe ser subestimada, como se verá más adelante.⁸ Empero, debe ser destacado el sentido dado por el PC a esa actividad organizativa de la base. Su actividad en la fase de preparación, e incluso durante el transcurso de la huelga, se encamina claramente hacia la creación de *comisiones sindicales de empresa*, lo que es bastante indicativo de sus objetivos en el movimiento obrero de la época. Tratábase de preparar, desde la base, la política de penetración en los sindicatos oficiales. Sin embargo, eso no quiere decir que, frente a las nuevas informaciones existentes, se deba modificar completamente el juicio sobre el papel desempeñado por los comunistas en esa huelga. Al contrario, su iniciativa de estimular la espontánea tendencia de organización desde la base, que se verificaba en el seno de las masas, plantea más problemas de los que soluciona. Las informaciones más recientes —que, reconozco, no eran tan “recientes”, sino de difícil acceso—⁹ aumentan más aún la responsabilidad del PC en la dirección dada al movimiento obrero en la huelga de 1953 y las que siguieron.

No obstante, la novedad que tiene esta información para la evaluación histórica de la época, consiste en que la presencia de Comisiones de Em-

⁸ Yo mismo en lo que ya escribí sobre la Huelga de 1953, subestimé la importancia de ese factor. Ver, a propósito, *The Urban Working Class in Brazil*, Capítulo III, tesis de maestría, Universidad de Essex, 1972, mimeo.

⁹ Me refiero especialmente a los análisis de la huelga de 53 publicados en la época, en “Folha Socialista”, en la revista “Le Mouvement Syndical Mondial”, y algunos testimonios de viejos militantes que tuvieron un papel importante en la Huelga de los 300 Mil. Esas fuentes ya existían cuando escribí por primera vez a propósito de la Huelga de los 300 Mil, pero sólo ahora ha tenido acceso a ellas, como es el caso del artículo “La grève est un combat” de *Le Mouvement Syndical Mondial*, París, 1953. El artículo en cuestión fue encontrado en los archivos del Instituto Maurice Thorez, de París. Lo mismo no se puede decir de la colección “Folha Socialista”, pero las informaciones encontradas en este periódico sólo hacen sentido cuando son cotejadas con otras informaciones, como las mencionadas.

presa en los orígenes de la huelga del 53 permite relativizar la importancia de las relaciones entre *espontaneidad de masas* y *dirección política* de clase. No se tratar de restarle importancia a esta cuestión, sino de verla en sus debidas proporciones. Así como la huelga de masas no resulta de una coyuntura totalmente marcada por la espontaneidad, que nunca es absoluta —aunque este factor no deba ser subestimado en el análisis— tampoco se debe medir la importancia de la fuerza política que representaban los comunistas, en la época, para la clase obrera, simplemente por su presencia en las Comisiones de Empresa que eventualmente controlarían. Las responsabilidades de ese partido en la Huelga de los 300 Mil, como en las que vendrían después, tienen que ser evaluadas en los términos de la dirección dada a aquel gran movimiento social en el contexto de la crisis política de la época. En una coyuntura de crisis política e institucional, en que todos los sectores buscaban definir su papel en el desarrollo de la crisis, era esencial para la clase obrera — en su plena existencia como clase— la dirección dada por el Partido que se proponía representar a las masas trabajadoras en el momento en que éstas se lanzaban a una acción de defensa económica, (aunque de obvias implicaciones políticas), y que, precisamente, las movilizaba como clase.

II

¿Cuáles son los principales acontecimientos de la Huelga de los 300 Mil, y cuáles sus resultados más inmediatos? Comencemos por la descripción de algunas de sus condiciones más generales. En primer lugar, hay que tener en cuenta que la huelga de 1953 representa una importante victoria de la clase obrera, desde el punto de vista de su defensa económico-corporativa. Iniciada en un momento de crisis económica, cuando Vargas, en su segundo período de poder marcaba una apertura en la política obrera de las clases dominantes, la huelga respondía a las crecientes dificultades de subsistencia enfrentadas por las masas trabajadoras. Es cierto que, ya en 1951, Vargas había concedido un aumento del salario mínimo en todo el país. Pero desde entonces habían pasado ya dos años, y el proceso inflacionario, agravado por el desequilibrio de la balanza de pagos (de deudas externas), haría aumentar constantemente el costo de la reproducción de la fuerza de trabajo. Es en este contexto que irrumpe el movimiento de los trabajadores paulistas, primeramente por iniciativa de los textiles y después, gradualmente, por la adhesión de los metalúrgicos, los muebleros, vidrieros y gráficos. Inicialmente, los líderes del movimiento presentaron la reivindicación de 800 cruzeiros (valor de la época) sobre los salarios de enero de 1952. Posteriormente, durante las negociaciones, el techo cayó a 600 cruzeiros para todas las categorías, sobre los salarios de enero del año anterior, lo que represen-

taba un aumento de 50 a 60%. La respuesta inmediata de los empresarios, a través de sus órganos de clase, fue declarar que los aumentos no podían y no debían ir más allá del 20 por ciento. Por su parte, la Delegación Regional del Trabajo —que, desde luego, se apresuró a invocar la ilegalidad de la huelga— presionaba para que los trabajadores aceptaran un aumento entre 23 y 25%. Los líderes del movimiento, sin embargo, mantuvieron las reivindicaciones iniciales y, después de un movimiento huelguista que duró cerca de 29 días, obtuvieron finalmente un aumento de 32 por ciento. Pero eso ocurrió después que la huelga ya había golpeado todo el sistema de alianzas representado por el gobierno Vargas, que las clases dominantes demostraban su temor de que el movimiento adquiriera un carácter preinsurreccional y que el gobernador Lucas Nogueira Garcez, del estado de São Paulo, encargado, en teoría, de reprimirla, ya se había presentado como mediador entre los obreros y los empresarios. No es irrelevante tomar en cuenta que, frente al ímpetu asumido por algunas de las manifestaciones de masas durante el movimiento huelguista, la Policía Política y Militar de São Paulo pasara a responder al movimiento con cientos de arrestos de huelguistas y manifestantes y con el uso indiscriminado de la violencia frente a las manifestaciones callejeras. En ese contexto, cuando la huelga llega al final, ya entonces dirigida por el Pacto de Unidad, celebrado en el transcurso del movimiento por los cuatro mayores sindicatos envueltos en la acción, la obtención del 32% de aumento para todas las categorías, extensivo a los sectores del interior del Estado que se adhirieron a la huelga, sonó como una clara victoria, aunque parcial, de los trabajadores como clase.

El segundo punto a tener en cuenta es la conquista del derecho social y político de huelga. Como es sabido, durante la dictadura de Vargas, instaurada con el *Estado Novo*, en 1937, el derecho de huelga había sido sumariamente suprimido. Prohibición que se agravó durante el período de la segunda guerra mundial, en virtud de los esfuerzos de movilización realizados por el país por su participación en el conflicto. Las huelgas pasaron a ser consideradas como un atentado a la seguridad nacional, durante la guerra. Con la democratización de la postguerra, la caída de Vargas y la instauración de un régimen más abierto, con elecciones libres y con el fortalecimiento del Parlamento; la Constituyente de 1946 garantizó a la clase trabajadora el derecho de huelga. Pero tal derecho quedó restringido a la forma de la ley, visto que los constituyentes entendieron que era necesario reglamentar el derecho constitucional con otra ley especial. Esta ley jamás fue votada por el Congreso Nacional en todo el período democrático, de 1945 a 1964. Empero, en la coyuntura represiva que marca el gobierno Dutra, cuando es anulado el registro legal del Partido Comunista, se reedita una pieza del *Estado Novo*, con el decreto 9070 que prácticamente prohibía el derecho de huelga, o, en el mejor de los casos, se dejaba esa posibilidad totalmente en manos de la Justicia Laboral. Es obvio que, dependiendo de los jueces, las huelgas serían evi-

tadas tanto cuanto fuera posible, como por otra parte intentó hacer en 1953. Sin embargo, en el caso de ese gran movimiento, los líderes obreros consiguen llevar significativas parcelas de la clase trabajadora a decisiones de masa favorables a la huelga, ignorando prácticamente el decreto 9070, que, de este modo, es derrotado en la práctica. Eso no impide que el Ministerio del Trabajo congele las cuentas bancarias de los sindicatos envueltos en el conflicto, como forma de presión sobre sus directivas. Pero ni por eso dejan los trabajadores de ir adelante en su movimiento y de llegar hasta el final, no sólo desafiando la tesis de la ilegalidad de la huelga, sino también afirmando en la práctica su derecho. Al llegar a su fin, el movimiento pudo imponer al conjunto de la sociedad la conquista de ese derecho tan fundamental para la clase trabajadora: la huelga como arma para la defensa de sus intereses económico-corporativos frente a los patrones; así como también había demostrado su eficacia como fuerza de resistencia y presión frente al Estado.

Sin embargo, el aspecto más importante de la huelga de 1953, que debe tomar en cuenta quien esté interesado en la historia de la clase obrera, es su carácter de movimiento de masas. Es indudable que la dinámica de ese amplio movimiento social implicó la movilización de grandes masas de trabajadores, y esto tiene consecuencias no solamente en el análisis de la espontaneidad en él presente —para su calificación— sino también para una comprensión correcta del papel cumplido por las directivas del movimiento obrero en esa coyuntura. Veamos algunos de los episodios que transformaron esa huelga —y sus resultados a largo plazo— en una de las más notables experiencias de acción colectiva de clase de los trabajadores.

Hay ya suficiente evidencia, como se mencionó más arriba, para concluir que la huelga de 1953 fue el resultado de una convergencia de la tendencia espontánea de participación social y política de la clase obrera y de las iniciativas del Partido Comunista. Desde que Vargas asumió el poder como presidente electo, comienzan a aumentar las actividades reivindicativas de la clase obrera. Sin embargo, esas actividades aumentan a partir de 1952.¹⁰ Desde el final de ese año, habían surgido indicios, entre los trabajadores textiles y metalúrgicos de São Paulo, de que 1953 sería un año de luchas salariales. A partir de enero, según varias fuentes de información, aumenta la actividad de organización de Comisiones de Empresa, pero es probable que éstas vinieran surgiendo desde el año anterior, o dos años antes. En realidad, esas comisiones fueron el primer instrumento de lucha creado por los trabajadores para enfrentar las difíciles condiciones económicas y de trabajo. Las cuales surgieron en muchas empresas con el fin de coordinar las reivindicaciones locales y

¹⁰ J. Telles, en *O Movimento Sindical no Brasil*, Vitória, Rio de Janeiro, 1963, llega a afirmar que los movimientos por reivindicaciones salariales movilizaron, en el período de 1952/53, cerca de 1 millón de trabajadores asalariados urbanos.

parciales de los trabajadores y eran presentadas directamente a los gerentes o incluso a los patrones. Más tarde, iniciada la huelga, es bastante probable que los piquetes, de 30 ó 40 miembros, hayan tenido esas comisiones como base de apoyo.

Es interesante observar la importancia que asumieron esas Comisiones de Empresa para algunos de los actores que, entonces, cumplieron un importante papel a lo largo de la huelga. Por su parte, los líderes del PC afirmaban que la actividad de las "comisiones sindicales de empresa" fueron uno de los principales resultados de la gran huelga de 1953.¹¹ Según esta información, la actividad organizativa de los comunistas habría conseguido crear cerca de 500 de esas comisiones que, a su vez, de acuerdo con la línea sostenida por el PC, de penetración en la estructura sindical oficial, habrían facilitado la tarea de sindicalizar un gran número de trabajadores que, hasta entonces, no se habían asociado a los sindicatos de sus categorías; la misma fuente informa que, sólo entre los metalúrgicos, el número de sindicalizados pasó de 27 a 36 mil, a lo largo de la huelga. Ya los socialistas parecen no haber dado mucha importancia a la tarea de organizar la clase obrera en comisiones de empresa, aunque no estuvieran ajenos a su formación, ni despreciaran su importancia. Esto es lo que se puede concluir de una serie de artículos publicados en *Folha Socialista* (Hoja Socialista), en un balance de la huelga presentado algunos meses después de su fin. Uno de esos artículos, por ejemplo, critica la participación de los comunistas, que habría sido bastante ambigua; en el proceso de preparación de la huelga:

"Los militantes estalinistas, en el último momento, retrocedieron. Se negaron a aceptar la huelga como un hecho consumado, no tenían fe en el espíritu de las masas, y adoptaron la línea de "sujetar" el movimiento, insistiendo en seguir creando *comisiones de empresa*, trabajo sin duda importante, pero lejos de ser eficiente cuando se estaba a pocos días del inicio del movimiento..."¹²

Otros testimonios, de viejos militantes de la época, indican que las comisiones sindicales formadas en las empresas tenían la función de comenzar a preparar los mejores elementos de la clase para formar comisiones de salarios de los sindicatos. Es importante tomar en cuenta este elemento: la táctica adoptada por la izquierda, sobre todo los comunistas, consistió en presionar a los sindicatos pertenecientes a la estructura sindical oficial —y, por eso mismo, naturalmente privados de iniciativa e intención de provocar huelgas— mediante la constitución de comisiones de salarios, formadas por miembros de los sindicatos que no pertenecían a las direcciones sindicales. Como las direcciones no tenían flexibilidad suficiente para liderar, ellas mismas, el proceso de lucha salarial, esas comisiones de salario, tuvieron, muchas veces, el papel de dirección en

¹¹ J. Amazonas, "La grève est...", *Op. cit.*, p. 23.

¹² Cfr. P. Singer, "Uma experiencia: A Grève dos Metalúrgicos", *Folha Socialista* 5/6/1953, 20/6/1953 y 5/7/1953.

el proceso de preparación del gran movimiento. Fue lo que sucedió en el caso del Sindicato de los Textiles, cuya comisión de salarios era coordinada por Antonio Chamorro, un líder comunista que no pertenecía a la dirección del sindicato, pero que había asumido un liderazgo suficiente en la comisión y en las asambleas para terminar convirtiéndose en uno de los principales líderes de masa del gran movimiento huelgista.¹³

Es interesante observar la dinámica del movimiento. Las comisiones de base lo prepararon. Las comisiones de salarios, a nivel de sindicatos, comenzaron a presionar a las directivas sindicales para que éstas convocaran asambleas para discutir la situación salarial y la posibilidad del inicio de un movimiento huelguista. Los primeros indicios de esas asambleas aparecieron en enero de 1953.¹⁴ Cuando éstas se realizan, surgen como asambleas de masa, reuniendo de 7 a 8 mil trabajadores para tomar la decisión de iniciar el movimiento.¹⁵ Eso significa que, en ese proceso, los cuadros directivos del movimiento obrero ya habían podido sensibilizar a amplios sectores de las categorías involucradas en el sentido de ejercer el recurso de la huelga. Esas asambleas de masas durarían hasta el final del movimiento, cuando es decidida su suspensión, después que los trabajadores habían obtenido un 32% de aumento y algunas garantías que, entre otras, incluían la reducción de los precios hecha durante la huelga.¹⁶

Algunos aspectos de la dinámica de la clase obrera en huelga son reveladores de la espontaneidad que estuvo presente en su desarrollo. Singer, en el artículo citado, relata algunos aspectos de la fase de preparación de la huelga. Las comisiones de salarios de los sindicatos hacían la lista de los problemas más inmediatos que precedían el inicio del movimiento: impresión de material de propaganda, organización de las finanzas, convocatoria de los militantes más resueltos, formación de piquetes, etcétera. Pero en medio de esas iniciativas no faltaban vacilaciones: a un cierto

¹³ El testimonio mencionado es de A. En cuanto a Chamorro, v. mi ensayo "1953, 'A Grève dos 300 Mil...', donde aparecen las citas de la prensa, que presentan a Chamorro como un importante líder del movimiento.

¹⁴ Cfr. P. Singer, "Uma experiencia...", *Op. cit.*, 5/6/1953, p. 5.

¹⁵ Ver especialmente los relatos aparecidos en el periódico "O Metalúrgicos", órgano oficial del Sindicato de los Trabajadores en las Industrias Metalúrgicas, Mecánicas y de Material Eléctrico de São Paulo, abril de 1953, São Paulo, año XI, N. 119, pp. 1 y 5.

¹⁶ El final de la huelga es decidido por un plebiscito, con voto secreto, realizado en el Hipódromo de la Moóca, propiedad del Estado, cedido por el gobernador Lucas Nogueira Garcez para que los trabajadores hicieran sus concentraciones. Según "O Metalúrgico", *op. cit.*, los resultados de este plebiscito fueron los siguientes:

SI	7.337 votos
No	851 votos
TOTAL	8.238 votantes

El SI representaba un voto por el fin de la huelga, aceptándose el arreglo que garantiza un aumento del orden del 32% sobre los salarios, de enero de 1952.

punto, en los días inmediatamente anteriores a la huelga, “todos sabían que *algo* había que hacer, pero no se tenía claro ni *cuándo* ni *cómo*. Súbitamente, estalla la noticia: los textiles entraron en huelga. Júbilo intenso, solidaridad conmovedora de todos los obreros”.¹⁷ Iniciado el movimiento, los líderes sindicales pasaron a utilizar el “Salón de las Clases Laboriosas”, en la Moóca, tradicional barrio obrero. Cada día que pasaba, más trabajadores venían al local donde estaba ubicado el cuartel general de la huelga. “Allá se formaban piquetes que iban a hacer parar nuevas fábricas. Los obreros de éstas, a su vez, venían y formaban comisiones de finanzas, recibían bonos para vender, organizaban nuevos piquetes, y así sucesivamente. De este modo se ensanchó la huelga”.¹⁸ Esto demuestra que no había una organización completa, que fuese capaz de prever todos los desafíos que implicaba la acción. La coordinación y dirección del movimiento, por lo menos en el caso de los metalúrgicos, se fue imponiendo a medida en que surgían nuevos problemas, en la práctica. Este es un aspecto interesante, sobre el cual, creo yo, vale la pena llamar la atención, puesto que muchas veces, entre los interesados en la suerte de la clase obrera, hay una cierta convicción, más o menos generalizada, de que ella sólo actúa como clase cuando alcanza un alto grado de organización y disciplina. El ejemplo de la huelga de 1953 es bastante rico para demostrar que tal convicción es insostenible y que, en realidad, muchas veces impide ver la capacidad que tiene la clase para organizarse durante el curso mismo de la acción en que se compromete.

Singer da algunas indicaciones en esa dirección: “La espontaneidad de las masas, el espíritu de dedicación y altruismo de los elementos más simples de la clase obrera fue la causa primera de este movimiento único por su extensión; la organización y la sistematización de las tareas sólo vinieron mucho después y tuvieron sus efectos, ciertamente vitales, en los difíciles días finales de la huelga”.¹⁹ Algunos ejemplos que ilustran esas afirmaciones:

1) El caso de una empresa textil que empleaba poco más de 300 trabajadores, en su mayoría hombres. Las 16 mujeres obreras se solidarizaron con el movimiento y tomaron la iniciativa de parar la fábrica, pero no fueron acompañadas por los hombres. Solicitaron entonces la ayuda de un Piquete cuya intervención consiguió hacer que los 300 trabajadores restantes se adhirieran al movimiento.²⁰

2) El caso de otra empresa textil que sólo empleaba menores —que ni siquiera estaban registrados— y en la cual había un único obrero mayor de 18 años. No había, en la empresa, ninguna organización previa pero, una vez iniciado el movimiento, el muchacho consiguió

¹⁷ Singer, “Uma Experiencia...”, *op cit.*, 5/6/53, p. 5.

¹⁸ *Ibidem.*

¹⁹ *Ibidem.*

²⁰ *Ibidem.*

arrastrar a todos los empleados a la huelga: "En fin de cuentas, pensé, nosotros también tenemos que luchar por el aumento", comentaba él, al dirigirse a los dirigentes para comunicar la adhesión de su grupo al movimiento.²¹

No obstante, hubo casos donde la organización y la disciplina eran mayores y el espíritu de lucha era más consciente. Amazonas, en su artículo citado, presenta el testimonio de otra obrera, empleada en la fábrica textil "María Angela", de 1,600 trabajadores:

"A medio día salimos a comer, pero ya decididos a no volver al trabajo. Después de la comida, nos quedamos delante de las puertas de la fábrica. La propaganda en favor de la huelga se hace entre cada grupo de trabajadores. Pero luego llegan una decena de camiones de policía y un batallón de la policía montada. A las 13 horas, la sirena de la fábrica llama de vuelta al trabajo, pero nadie cruza la puerta de la fábrica. *Es la huelga*. Ocurre entonces una escena increíble: los soldados a caballo cargan contra los trabajadores desarmados (...) Los camiones de la policía acorralan a los trabajadores contra los muros de la fábrica, presionándolos hacia la puerta. Numerosos trabajadores que protestaron fueron embarcados, presos, en los camiones de la policía. Se podía decir que toda la furia del mundo se había desencadenado contra nosotros... Pero no cedimos. *Y nadie regresó al trabajo*".²²

Según esos observadores, la huelga ganó ímpetu en la medida en que se desarrollaba. Fue un movimiento bastante combativo, y su propia dinámica que involucró ese meticuloso proceso interno de organización, sirvió para dar a las masas un nivel de conciencia antes desconocido. Por otro lado, vale la pena considerar aún algunos aspectos de las manifestaciones de masa del movimiento. La huelga, iniciada por los textiles, había principiado con una marcha de los trabajadores por el centro de la ciudad, y terminó dirigiéndose hacia el palacio de los Campos Eliseos, en donde fue recibida por el gobernador Lucas Nogueira Garcez. Los trabajadores reclamaron contra el aumento del costo de la vida, sobre todo en los precios del arroz y los frijoles. Según esta información, esas marchas, que se repitieron durante la huelga, fueron precedidas de grandes manifestaciones de protesta, convocadas por la Comisión de Combate a la Carestía de la Vida, formada por representantes de varios sindicatos y controlada por los comunistas. De acuerdo con esta fuente, esas manifestaciones, conocidas como "Marcha de la Cacerola Vacía", llevaron, entre el final de 1952 y mediados de 1953, cuando sucede la Huelga de los 300 Mil, cerca de 500 mil personas a la calle, en Río y en São Paulo, para protestar con-

²¹ *Ibidem.*

²² Amazonas. "La grève est...", *op. cit.*, p. 21; los subrayados son míos y del autor.

tra los aumentos del costo de la vida.²³ Es indudable que se trataba, ya entonces, de la preparación de las masas para las luchas de defensa económica que sucedieron en esos dos años.

Sin embargo, esas no fueron las únicas manifestaciones masivas que marcaron la coyuntura de huelga de 1953. En realidad, a lo largo del movimiento mismo, la tendencia a hacer uso de las manifestaciones masivas parece haber estado presente en las intenciones y la acción de algunos líderes. Durante la huelga, se hicieron cuatro grandes manifestaciones callejeras, incentivadas por las directivas *no oficiales* de la huelga, es decir, que no estaban directamente ligadas a las direcciones sindicales. En otras palabras, incentivadas por los líderes obreros comunistas. Con excepción de un caso, que se describe más adelante, no quedó suficientemente claro cuál era la intención de los comunistas con esas manifestaciones callejeras. Estas eran convocadas por la Comisión de Combate a la Carestía de la Vida y, por eso, es posible admitir que el objetivo fuera el desarrollar el espíritu de combatividad de las masas en defensa de sus intereses económico-corporativos. Es interesante observar que, aunque esta no fuera una táctica de movilización muy común entre los comunistas, respondía, en gran parte, a algunas tendencias espontáneas, verificadas entre las masas, de ir a la acción directa.²⁴ En realidad, las cuatro manifestaciones callejeras, mencionadas más arriba, fueron marcadas por choques entre los trabajadores y las fuerzas de represión. En algunos casos, como en una manifestación realizada en la Praça da Sé, en São Paulo, los manifestantes respondieron al ataque de la policía con palos, piedras y todo objeto que pudiera servir de arma de defensa y de ataque.²⁵

Esas manifestaciones callejeras no tenían, obviamente, la aprobación de las direcciones sindicales, temerosas de que el movimiento ultrapasara ciertos límites. Y, en algunos casos, fueron objeto de disputa abierta entre los dirigentes sindicales y el Partido Comunista. Ese fue el caso de la famosa marcha de la Moóca, que fue encabezada por el líder comunista Eugene Chemp. La marcha, que partió del Hipódromo de la Moóca, en donde se concentraban los huelguistas durante el día, tenía el objeto de presionar la Justicia Civil, que debía decidir sobre la suerte de algunos centenares de personas arrestadas durante la huelga, cuyos

²³ Ver testimonio de A.

²⁴ En 1947 habían ocurrido en São Paulo manifestaciones que resultaron en la lapidación de parte significativa de la flota de tranvías y autobuses de la ciudad. La depredación había sido una respuesta de las masas al aumento en el precio de los boletos de transporte. Sin embargo, en la época, el PC se declaró ajeno a las manifestaciones, por no estar de acuerdo con los métodos de acción directa. Sobre este punto, ver. J.A. Moisés y V.M. Alier, *A revolta dos Suburbanos ou, Patrão, o trem atrasou*, trabajo presentado en el Simposium sobre las contradicciones urbanas y movimientos sociales, en la 28a. Reunión Anual de la SBPC, Brasília, 1976, mimeo, p. 5.

²⁵ Para una descripción detallada de esa y las demás manifestaciones callejeras, v. mi ensayo "1953, A greve dos 300 Mil...", *op. cit.*

abogados habían solicitado su "habeas corpus". Esta garantía individual aún estaba en vigor en Brasil, y había sido introducida por la Constitución liberal de 1946. La marcha, que, según la prensa de la época, tuvo la participación de miles de trabajadores (aunque otra fuente llegue a hablar de 20 mil manifestantes),²⁶ sale del Hipódromo y baja por la tradicional Rua da Moóca, donde es interceptada por tropas de choque de la policía, que recibe a los trabajadores a balazos. Viene entonces la reacción de los manifestantes, con el apoyo de la población que presenció la escena. Resultan innumerables presos y heridos. Un hecho en especial, que una obrera haya sido herida de bala por la policía, desata la reacción de los manifestantes y de la población local, como indica este relato de entonces:

"Venían los trabajadores pacíficamente por la Rua da Moóca y, a la altura de los portones, surgió la policía disparando hacia el suelo y una bala rebotó, alcanzando a la joven hilandera. El pueblo, viendo caer a la obrera, reaccionó, desatándose entonces una violenta lucha que tuvo un saldo de diversos heridos, entre ellos los mismos policías".²⁷

Es interesante observar que la Moóca era un tradicional barrio obrero de São Paulo, remanente de los inicios de la industrialización brasileña, cuando surgen, por primera vez, las famosas "villas obreras", construidas por los empresarios a principios del siglo con el objeto de retener su escasa mano de obra en torno a sus empresas. Allí se concentró una parte significativa de los inmigrantes italianos, y allí se desarrollaron aspectos de una cultura propia de las masas trabajadoras. Más tarde, con el advenimiento de las nuevas fases de la industrialización, la Moóca siguió siendo un barrio típicamente popular, como lo era en los tiempos de la huelga de 1953. Existía allí, por lo tanto, un clima propicio a las actividades de los huelguistas, cuyas familias, o por lo menos parte de ellas, debían residir allí mismo. Eso explica, en parte, que la población haya acompañado a los trabajadores cuando éstos reaccionaron contra la violencia. No creo que sea irrelevante observar esos aspectos, en la historia de un movimiento como la huelga de 1953, pues es importante tomar en cuenta que una huelga es fenómeno de acción colectiva global, es decir, que no afecta solamente a los trabajadores huelguistas directamente involucrados en el conflicto, sino que también a sus familias y a amplios sectores de la población que compone las clases populares en general. Esto hace recordar, por ejemplo, que la Huelga de los 300 Mil no fue solamente de los 300 mil directamente involucrados en ella, sino también de los miembros de sus familias que, si se aceptan los patrones más conocidos entre las familias obreras paulistas, debían totalizar cerca de un millón de personas.

²⁶ Amazonas, "La grève...", *op. cit.*

²⁷ Cfr. "O Metalúrgico", *op. cit.*, p. 3.

Pero volvamos a la marcha de la Moóca. La manifestación había sido desautorizada por los líderes sindicales más conocidos de la época, Remo Forli, presidente del Sindicato de los Metalúrgicos, y Nelson Rustici, presidente del Sindicato de los Textiles. Forli era militante del Partido Socialista y de Rustici no hay indicaciones precisas.

Los dos presidentes publicaron una nota en la cual manifestaban su desagrado y desaprobación frente a los acontecimientos. Singer, en una serie de artículos ya mencionados, al expresar la posición de los socialistas, llega a referirse a las manifestaciones como "...ajenas a las finalidades de la huelga... la participación de los huelguistas fue apenas en su carácter de afiliados a los sindicatos...".²⁸ Esas informaciones revelan las disputas entabladas en el seno del movimiento por conseguir el liderazgo. Otro testimonio, refiriéndose a los acontecimientos de la Moóca, aunque destacando la unidad alcanzada en el transcurso de la huelga en general, dice:

"No se puede decir que no hubieron divergencias en la dirección de la huelga, con respecto a ciertos puntos de táctica. Así, los *elementos reformistas* no querían acciones callejeras. Pero tales divergencias encontraron su solución a lo largo de la lucha, puesto que la masa de trabajadores impusieron los métodos que les parecieron más eficaces. Ellos desenmascararon, al mismo tiempo, a los enemigos de la unidad".²⁹

Es interesante tomar en cuenta esos aspectos, vistos los rumbos que la conducción de un movimiento de masas, como la huelga de 1953, impuso a sus líderes. Es bastante probable que la tendencia a la participación social y política, verificada en las masas populares urbanas en ese entonces, haya desempeñado su papel para que se hubiesen hecho esas manifestaciones. El PC, interesado en ampliar su política de penetración en la estructura sindical oficial, parece haber comprendido las exigencias que las circunstancias imponían. Por eso, creo, presionó para que las divergencias surgidas al respecto de las manifestaciones callejeras fueran decididas en asambleas de masa, realizadas en el Hipódromo de la Moóca. Estas asambleas reunían el conjunto de los trabajadores más ligados a la huelga, sin distinción de categorías. Y decidieron el apoyo a las manifestaciones callejeras, contra la voluntad de las direcciones sindicales y de algunas corrientes, como los socialistas. Los comunistas, que defendieron las manifestaciones, salieron victoriosos de esas asambleas que, por otro lado, fueron el recurso utilizado cuando llegó el momento de

²⁸ Cfr. Singer, "Uma experiencia...", 20/6/1953.

²⁹ Amazonas "La grève...", *op. cit.*, p. 24, el subrayado es mío.

³⁰ Ver, a propósito, R. Maranhão, *Sindicatos, Política e Organização de Base — Brasil 1945-50*, comunicación presentada a los Seminarios de Ciencia Política, Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de São Paulo, 1976, mimeo.

decidir sobre los acuerdos celebrados entre los sindicatos y la justicia laboral. Como se sabe, el fin de la huelga fue decidido por una asamblea de más de ocho mil trabajadores, realizada en el Hipódromo de la Moóca, con voto secreto.

En otros términos, como ya observó Weffort, la huelga de 1953 planteó a la clase obrera algunos problemas organizativos, resultantes de la dinámica creada por un movimiento que involucró, al mismo tiempo, reivindicaciones de carácter económico y manifestaciones de naturaleza política. Esa dinámica tuvo que apoyarse, como ya se ha visto, por un lado en la espontaneidad de la clase y por otro lado en la dirección que recibió, de algunos sectores de izquierda, para que canalizara su expresión a través de los sindicatos oficiales. Este no es un aspecto de poca importancia para la evaluación de las consecuencias del proceso de huelga en el aumento del grado de organización de la clase obrera de São Paulo. Los problemas organizativos más urgentes enfrentados por la clase, en el transcurso de la acción colectiva en que se envolvió, fueron en gran parte debidos a la rapidez de las movilizaciones (rapidez probablemente debida a la tendencia espontánea presente en el movimiento) y a la baja representatividad de los sindicatos oficiales. Los sindicatos terminaron siendo, de acuerdo al rumbo dado a la huelga por el PC, los conductos mediante los cuales la clase manifestó su decisión de ir a la huelga reivindicativa. Sin embargo, los sindicatos presentaban ciertos límites, propios de su naturaleza orgánica vinculada a la estructura del Estado y, de este modo, vinieron a transformarse en instituciones encargadas de delimitar, claramente, el campo en que podía actuar la clase obrera en aquel momento. Como la experiencia de lucha de masas en que la clase había sido lanzada tendía a profundizar el carácter de su participación, creando las condiciones para la superación de su espontaneidad, la delimitación de ese campo se convirtió, finalmente, en esa coyuntura concreta, en un freno a las iniciativas de las masas.

III

Antes de retomar el análisis del papel de las Comisiones de Empresa a partir de 1953, conviene recordar la evolución del movimiento, en su organización de la base a la cúpula, hasta su término, cuando es celebrado el acuerdo que garantiza el aumento de 32%. Como se sabe, la huelga fue preparada por las comisiones de empresa y las comisiones de salario, funcionando estas últimas a nivel de sindicato. En el proceso de preparación e inicio de la huelga, las comisiones de salario se convirtieron en comisiones de huelga, de cada categoría, que actuaban junto a las direcciones sindicales. Eso demuestra, por un lado, la falta de autoridad de las direcciones sindicales oficiales y, por otro lado, que las comisiones

de huelga, formadas a partir de una movilización de las bases, vendrían a cumplir la función de instrumentos de revitalización de la estructura sindical oficial. Este hecho tiene implicaciones muy importantes para la *dirección política de clase* dada a la clase obrera paulista en ese entonces.

Por otro lado, como la deflagración de la huelga por cada una de las cuatro grandes categorías representaba un apoyo decisivo para la continuidad y la profundización del movimiento en el ámbito de cada una de ellas, las comisiones de huelga dieron origen a una *Comisión Intersindical de Huelga*, a la cual correspondió llevar adelante las negociaciones finales del movimiento. Esa comisión, en realidad, pasó a funcionar como una estructura super-sindical, puesto que tenía la función de coordinar el movimiento y dar unidad a su acción. Esta comisión tenía que apoyarse en los sindicatos oficiales, por estar constituida por las comisiones de huelga de cada uno de ellos, pero, al mismo tiempo, tenía funciones que rebasaban sus límites e incluso era integrada por dirigentes que no necesariamente formaban parte de las direcciones sindicales. Se daba así el primer paso hacia la creación, en el movimiento sindical brasileño, de aquello que Weffort calificó como "organización paralela", es decir, una estructura paralela, supersindical y de cúpula, cuyas funciones eran las de crear condiciones para que la estructura sindical oficial —que carecía de representatividad junto a las masas— pudiese funcionar sin problemas. O sea, una organización destinada a incorporar la tendencia espontánea de participación de las masas y canalizarlas en función de la vitalidad que se deseaba dar a la estructura sindical oficial.

Como se sabe, la comisión intersindical de huelga celebró el llamado "Pacto de los Cuatro Sindicatos", por el cual cada categoría se comprometía a sólo terminar la huelga cuando hubieran condiciones generales que alcanzaran a todas ellas, con el objeto de evitar divisiones en el movimiento, que podrían ser provocadas por la política de la justicia laboral y del gobernador del Estado que, entonces, fungía de mediador del conflicto. Otro punto común del pacto era el concerniente a la unanimidad en cuanto a la obtención de un aumento mínimo de 600 cruzeiros (valor de la época) para todas las categorías y todos los trabajadores. La formación de la intersindical fue aprobada por una asamblea de masas en el Hipódromo de Moóca. En una de esas asambleas, fue aprobado el requisito de que todos los huelguistas arrestados fueran liberados antes del término de la huelga. El conflicto alcanzaba entonces uno de sus momentos más importantes como conflicto de clase, pues implicaba el reconocimiento de la huelga como recurso de la clase obrera, independientemente de sus divisiones internas de categorías. Tales divisiones podrían haber justificado, por ejemplo, que una categoría decidiera llegar a un acuerdo antes de las demás, cuando juzgara satisfactorios los resultados obtenidos. Empero, la condición de que fueran liberados los presos durante la huelga imponía una condición más general, concerniente a la identidad de la masa envuelta en el movimiento como clase.

El Pacto fue presentado al conjunto de la clase obrera como resultante de la huelga de masas. En realidad, más que una fusión de la huelga —lo que habría pasado si hubiese una Central de Trabajadores en el Estado de São Paulo— el Pacto representó un compromiso de lucha común entre los principales sindicatos involucrados en el conflicto. En ese sentido, es indudable que el Pacto significó un acuerdo de cúpulas formalizado por las direcciones sindicales, aunque eso no negara la necesidad concreta, surgida durante la huelga, de dar una coordinación a la acción común de las diversas categorías. Pero lo que importa señalar aquí es el proceso por el cual un movimiento de masas, como la huelga de 1953, que se apoyó en la movilización de las bases, haya dado origen a una estructura de cúpula que, para poder funcionar, tenía que apoyarse en la estructura sindical existente.

El Pacto, acordado por la comisión intersindical de huelga, daría origen, a partir de 1954, al Pacto de Unidad Intersindical (PUI), el cual, juntamente con los sindicatos de Río de Janeiro, se constituiría, años más tarde, en el Pacto de Unidad y Acción (PUA), uno de los pilares de la estructura dual del movimiento obrero, que formaría el Comando General de los Trabajadores (CGT) durante el gobierno de Goulart. En otras palabras, como indicó Weffort, es en la huelga de 1953 que hay que buscar los orígenes de la estructura dual y paralela del movimiento sindical brasileño, durante los años de la alianza entre la izquierda y los populistas. Como se sabe, esta alianza vino a subordinar el movimiento obrero, en gran parte, a la política de las llamadas “reformas de base”, un programa de colaboración de clases que involucraba una parte de la burocracia estatal representada por los nacionalistas, la llamada “burguesía nacional” —que, según se decía, estaba interesada en la lucha contra el imperialismo— y las masas trabajadoras, representadas por aquella estructura sindical dual y paralela, a esta altura totalmente controlada por la izquierda. Desde el punto de vista de un análisis que busque una continuidad con la línea de los comunistas en los primeros años de la década del 50, cuando ocurre la huelga, es bastante claro que la política de penetración en la estructura sindical oficial, iniciada a partir de 1952/53, tenía como requisito la construcción de una estructura dual y paralela. Frente a la baja representatividad de los sindicatos oficiales, la izquierda trataba de crear estructuras verticales destinadas a dar más vitalidad a la estructura oficial —como sucede durante la huelga de 53— y la justificación para eso era su línea de alianza con las demás clases presentes en la escena, incluso la burguesía. Sin embargo, como la estructura sindical controlada por el Estado tenía la función explícita de controlar la clase obrera, lo que sucede es que la línea del movimiento obrero, durante la alianza izquierda/populistas, se subordina a los intereses de una multiplicidad de clases y fracciones de clase, entre las cuales se encuentran las mismas clases dominantes. Estaba sellada, de este modo, la suerte del movimiento obrero brasileño de esta fase. Cuando, en 1964, la reac-

ción militar destruye la estructura sindical dual y paralela, sólo quedan de pie los sindicatos oficiales, cuya estructura existía desde antes de la democracia populista de masas de 1954 a 1964. En este cuadro, la importancia de la gran huelga de 1953, cuando prácticamente aparecen los embriones de la estructura sindical dual y paralela, es enorme, no sólo porque en aquella coyuntura se dieron algunos pasos decisivos para la alianza entre comunistas y populistas, sino también por la forma en que el desarrollo de la Huelga de los 300 Mil opera la fusión entre una tendencia espontánea de participación en la base y los objetivos de los comunistas que, definidos en términos de participación en los sindicatos oficiales, van a resultar en la subordinación de la clase obrera a una estructura que sólo permitía su representación, para fines de su defensa económica, dentro de los marcos impuestos por el control del Estado.

Las observaciones hechas más arriba son importantes para una evaluación del papel desempeñado por las comisiones de empresa en la huelga de 1953. La iniciativa de organizar comisiones de empresa, como se ha visto, encontraba condiciones favorables en el seno de la clase obrera, en la coyuntura de los años 1952/53. El movimiento de masas de la clase obrera pasaba por una fase de ascenso, marcada por el reinicio de las actividades reivindicativas de la clase, ahora más fáciles debido a la apertura de la política obrera del Estado y la abolición del certificado ideológico. En realidad, las condiciones para la formación de comisiones de empresa, es decir, la organización de la clase por la base, se definían a partir de las tendencias espontáneas de participación encontradas en las masas trabajadoras. Una correcta política de organización por la base, que buscara echar raíces en las tradiciones de lucha y, por otro lado, tratara de orientar aquellas tendencias hacia la construcción de la autonomía organizativa y la independencia política de la clase, habría permitido romper los marcos de espontaneidad existentes. En realidad, algunas experiencias de luchas económicas que surgieron a partir de la democratización de posguerra apuntaban en esta dirección. Por lo tanto, cabía al partido que se proponía representar a la clase obrera en el terreno político, proponer un rumbo que fuera coherente con la realización de esos objetivos. No obstante, lo que ocurrió fue algo bien distinto. En vista de sus objetivos de penetración en la estructura sindical oficial —que, claramente, dejaba implícito que los límites representados por tal estructura eran aceptados en la práctica, aunque fueran negados en teoría— la política adoptada por el PC en aquellos años fue, como ya se ha visto, partir de la tendencia espontánea de participación de las masas, para organizar las “*comisiones sindicales de empresas*”. De este modo, esos organismos captaban los anhelos participacionistas existentes en la base y canalizaban el ímpetu reivindicativo que se manifestaba, hasta entonces, espontáneamente, pero, en vez de trazar una política de organización independiente, hacían desembocar la acción colectiva de la clase

obrero en los estrechos límites de la "camisa de fuerza" de la estructura sindical oficial.

Las comisiones de empresa, que en parte habían sido una creación del movimiento espontáneo de las masas trabajadoras, reflejando incluso su conciencia inmediata sobre los límites de los sindicatos oficiales, pasaron a desempeñar, bajo la dirección del PC, funciones que en realidad estaban destinadas a negar su origen. Cuando esos organismos elementales, nacidos de las reivindicaciones locales y parciales de la clase, comenzaban a desempeñar el papel de eslabón entre los sectores más combativos de la base y los sindicatos, no hacían más que crear las condiciones, ya no vagas y difusas, (como era propio del populismo), sino orgánicas, para que la estructura sindical oficial **cumpliera sus funciones, para las cuales** había sido creada durante el *Estado Novo*: controlar la clase obrera. Toda la paradoja de esta situación residía en el hecho de que, deseando ampliar su influencia en el movimiento sindical, los comunistas parecían no darse cuenta que los rumbos que buscaban acabarían poniendo el movimiento sindical a remolque del Estado (y de los líderes populistas) y, de ese modo, subordinarían la clase obrera a los intereses defendidos por el Estado.

El hecho de que las comisiones de empresa hayan cumplido un papel bastante importante en la movilización que precede la Huelga de los 300 Mil revela que, por su lado, la clase obrera buscaba organizarse. Sin embargo, la conclusión política ofrecida a esos organismos, en el transcurso del movimiento, hizo que se transformaran en la base de apoyo de las comisiones de salario, que funcionaban a nivel de la estructura sindical oficial, lo que era ya un preaviso de la política que sería adoptada en los años siguientes. Es a partir de eso que nacerían, como se ha visto, las comisiones de huelga, la comisión intersindical de huelga y el mismo pacto de unidad intersindical. Dicho de otro modo, una tendencia verificada en la base vendría a servir de justificación a una línea programática que, en sus términos, sólo podría efectuarse a través de organizaciones de cúpula. La alternativa históricamente planteada era la de aprovechar la experiencia de las comisiones de empresa para, a partir de ellas, organizar, del modo más extenso y amplio, la base del movimiento obrero. Tal organización, si se hubiese realizado, habría podido proporcionar las condiciones para que ese movimiento pudiera enfrentar la más seria contradicción de la democracia de posguerra: la que exigía que el mismo Estado estimulase la organización de las clases populares y, al mismo tiempo, contuviese esa organización dentro de límites suficientemente estrechos para que el movimiento obrero no pudiera, jamás, convertirse en una amenaza al proceso de acumulación de capital, para no hablar del orden político. En términos economicistas, se podría decir que en la estructura sindical oficial se ubicaba el punto nodal de la contradicción entre el capital y el trabajo. Romperla significaba, para las clases dominantes, la necesidad de enfrentar el conflicto abierto con la clase obrera

en vez de estigmatizarlo; para la clase obrera, romper aquella estructura significaba la posibilidad de comenzar a enfrentar uno de los problemas organizativos más serios planteados a su emergencia política como clase.

La conclusión que se impone es bastante clara. Las relaciones entre *espontaneidad* y *dirección política* son fundamentales para definir las funciones de representación de cualquier partido que pretenda ser la vanguardia de la clase obrera. En la coyuntura de los años 1952/53, esa cuestión se planteaba como un desafío a la clase obrera y, por lo tanto, al Partido Comunista. Las comisiones de empresa se convirtieron en el elemento concreto mediante el cual esa cuestión podía manifestarse. Sin embargo, la solución dada por el PC, en esa coyuntura, en vez de abrir el camino a la difícil tarea de construir la autonomía y la independencia de la clase que pretendía representar, sirvió para consolidar un aspecto fundamental de la política de las clases dominantes: profundizar la subordinación de la clase a la estructura sindical oficial. En realidad, la línea adoptada por el PC, de reforzamiento de esta estructura, por medio de la creación de "*comisiones sindicales de empresa*", sirvió para darle una vitalidad que no tenía y de la cual las iniciativas espontáneas de la clase eran ya un síntoma. Así, es indudable que la tendencia espontánea, que se había revelado altamente creativa para la organización de las masas, vino a recibir una dirección que, precisamente, negó su capacidad para crear una alternativa de organización válida para las luchas de defensa económica de la clase obrera paulista.